

El derecho a sentir



Foto: Charlotte Bunch

Pensé que dejando pasar algunos días me resultaría más fácil escribir sobre el II Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe. Pero sigo trabada. Tal vez una buena técnica periodística, descomprometida, vagamente distante, resultaría más adecuada para cubrir los cuatro días de julio en Lima, en que casi setecientas mujeres, de todas partes del continente, nos juntamos para evaluar el movimiento latinoamericano y fortalecerlo.

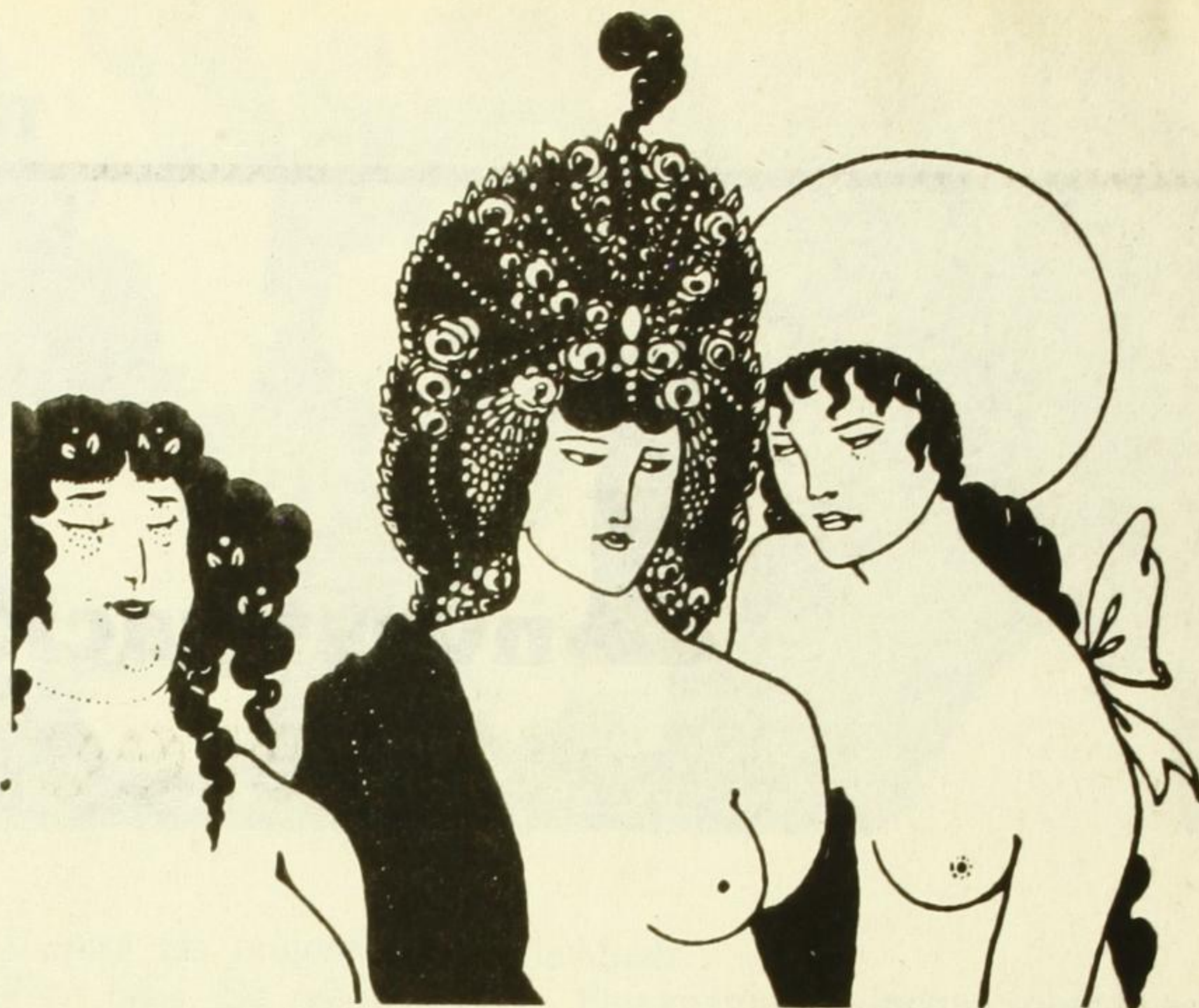
Entonces, habría hecho un "popurri" del discurso inaugural, los diecinueve talleres y las conclusiones finales, salpicadas de las declaraciones de tres o cuatro personalidades destacadas, y ¡ya!

Pero resulta que en algún punto de la experiencia perdí la objetividad y dejé de buscarla. Me di cuenta de que, como tantas otras, andaba buscando saber cuán "feminista" era yo en ese conglomerado humano y cuán feminista había sido mi instinto, mi trabajo a tientas con mujeres, más allá del hecho de que hace algunos años junté suficiente valor para llamarme, confesarme y aceptarme "feminista" en América Latina. Sin saberlo, andaba buscando las referencias, el epicentro del feminismo latinoamericano, sus códigos, sus consignas. La feminista ideal. Las líderes. "La línea"... y no los encontré. Las verdades absolutas, las "iluminadas" descalificadoras, las destinadas a llenarnos de complejos no estaban ahí. Ni están en las filas del feminismo. ¡Gracias a Dios! Lo que había eran varios centenares de rostros de mujeres progresivamente más interesantes, más expresivos, más queribles. Me encontré con una pluralidad de voces que hablaban en plenario, como si estuvieran entre un puñado de amigas. Eran tan pocas las que hablaban para sí mismas o para "hacer carrera" que desentonaban. Las más hablaban de experiencias y no de recetas. Y surgían trabajos admirables en los campos más variados.

En esos cuatro días de intenso trabajo en talleres, de "conversatorios" espontáneos, de plenarios apasionadas, encontré por primera vez en mi vida un intento serio de romper con la esquizofrenia entre lo público y lo privado. Y la voluntad de hacer política a partir de lo personal y la vida cotidiana. Y encontré el derecho sagrado, defendido, esencial, a sentir y a disentir.

Y tal vez porque la experiencia me transitó por zonas muy profundas, tengo dificultades para expresarla. Temo no decir lo esencial se me escapa entre visiones y palabras concretas y sensaciones inasibles. Entonces diré, en cam-

a sentir y disentir*



bio que sin dejar de ser la misma, soy otra desde esos días. Porque más que nunca, le doy gracias a la vida por haberme cerrado el paso en otras actividades y haberme dado la posibilidad de trabajar por la causa de las mujeres. Todas las mujeres: las triplemente oprimidas y las aparentemente privilegiadas, las sumisas, las rebeldes, las clarividentes y las que andan a tientas en busca de una identidad y un destino para ellas y para nuestros pueblos. Las que lo viven con solemnidad y las que lo hacen con humor. No se me ocurre una causa que contenga un pedazo más grande mío... porque abarca mis preocupaciones más íntimas. Las más secretas, las más emocionales (que tiene mucho que ver con haber nacido mujer y hacerme mujer todos los días) y, también, la sensibilidad y la racionalidad que me hacen querer un mundo donde la injusticia no sea la cosa más natural del mundo; donde las estructuras políticas no avalen la explotación o la dominación de unos por otros; donde no sean unos pocos los que deciden por todos y donde, entre todos, construyamos una democracia plena para todos, no sólo en el país sino también en la casa.

Lo que me dio el Encuentro de Lima fue devolverme a Chile, a mi vida diaria, con una capacidad de ver mejor las trampas en que permanecemos expropiadas de nuestros derechos como mujeres, como personas. Volví con vista para ver lo que el sentido común patriarcal nos oculta. Y volví más enamorada de esta causa compartida por tantas mujeres admirables.

También me duele más la realidad, la prepotencia patriarcal, la ceguera. Parece inaudito, después de esos días donde el sentido común era con mujeres fuertes, lúcidas, valientes hasta para admitir sus tímidos balbuceos, encontrar que todavía quienes detentan el poder o postulan los cambios, sólo nos ven como "madres" como "pobladoras" o como entes que votan o, en su defecto, tocan las cacerolas.

Todavía no ven la inmensa deuda que tiene este mundo con el trabajo invisible realizado por las mujeres durante siglos, con su ausencia en las instancias de toma de decisiones, con los vejámenes y violencia de los cuales han sido y siguen siendo objeto.

Pero las mujeres estamos despertando y mi instinto no es un instinto solitario. Mi trabajo no es un trabajo aislado. Mi fe no es una tozudez destinada a la derrota.

El mundo no escapará al holocausto sin nosotras. Y sin nosotras, pensantes, actuantes, las democracias serán eternamente cojas y desprovistas de sus posibilidades reales.

Más que nunca pienso que vale la pena recorrer el tramo entre femenino y feminista

* Texto publicado en el boletín *Ilet. Mujer*. Sept. 1983. Adriana Santa Cruz. Comunicóloga. Autora junto con Viviana Erazo, de *Compropolitanel orden trasnacional y su modelo femenino. Un estudio de las revistas femeninas en América Latina*, *Ilet*. Edit. Nueva Imagen, México, 1980. Dirige el servicio Informativo OIM. IPS.

1530— Aparece la palabra sífilis. Según el escritor viajero Allan H. Mankoff, "fue un italiano, Girolamo Fracastoro, el introductor de la palabra sífilis en un poema escrito en 1530, *Syphilis, sive Morbus Gallicus*", cuyo protagonista, un pastor griego llamado Syphilis es maldecido con esta enfermedad por haber insultado al dios Apollo.

1671— Según los estatutos revisados de Plymouth, en Massachusetts, la multa por fornicar era de 10 libras, pero si los culpables estaban comprometidos, la multa era sólo de 5 libras.
